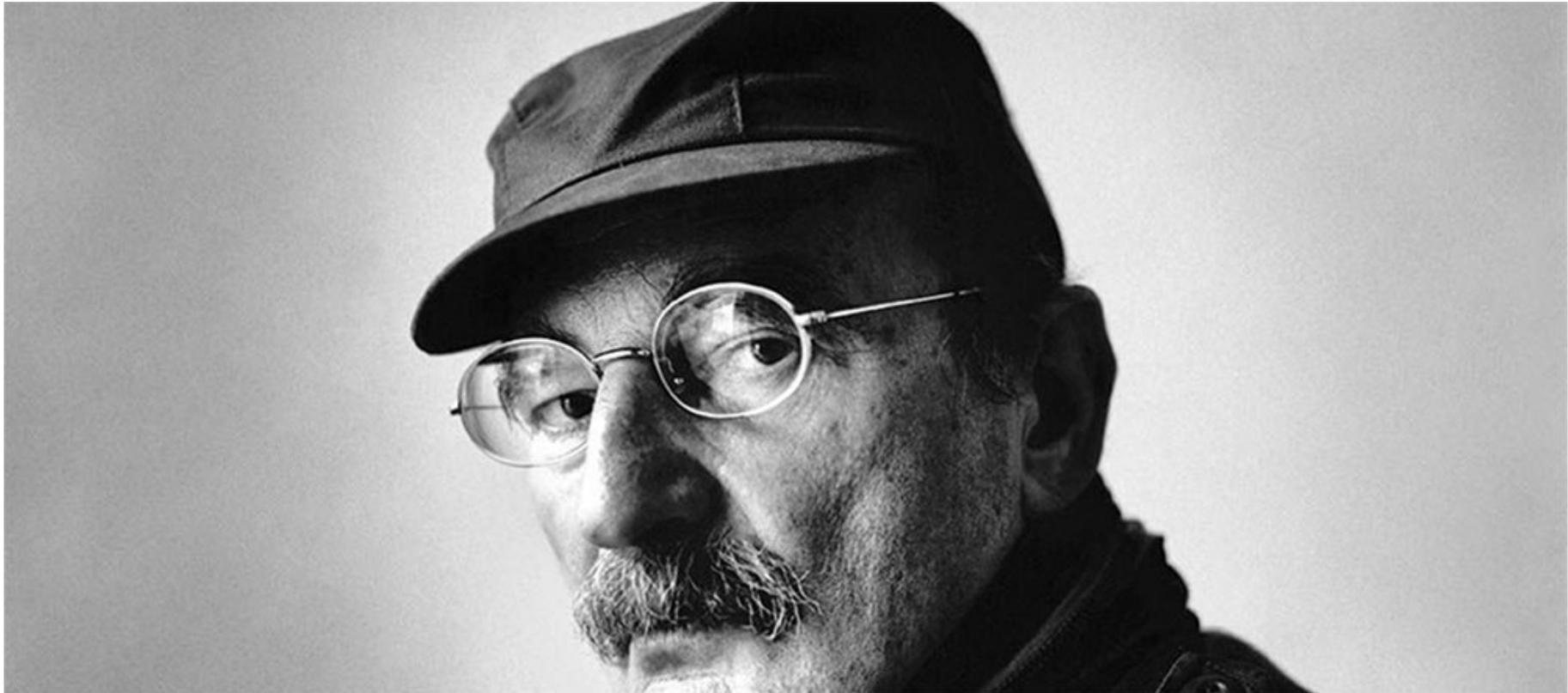




fundación  
Ramón y Katia Acín

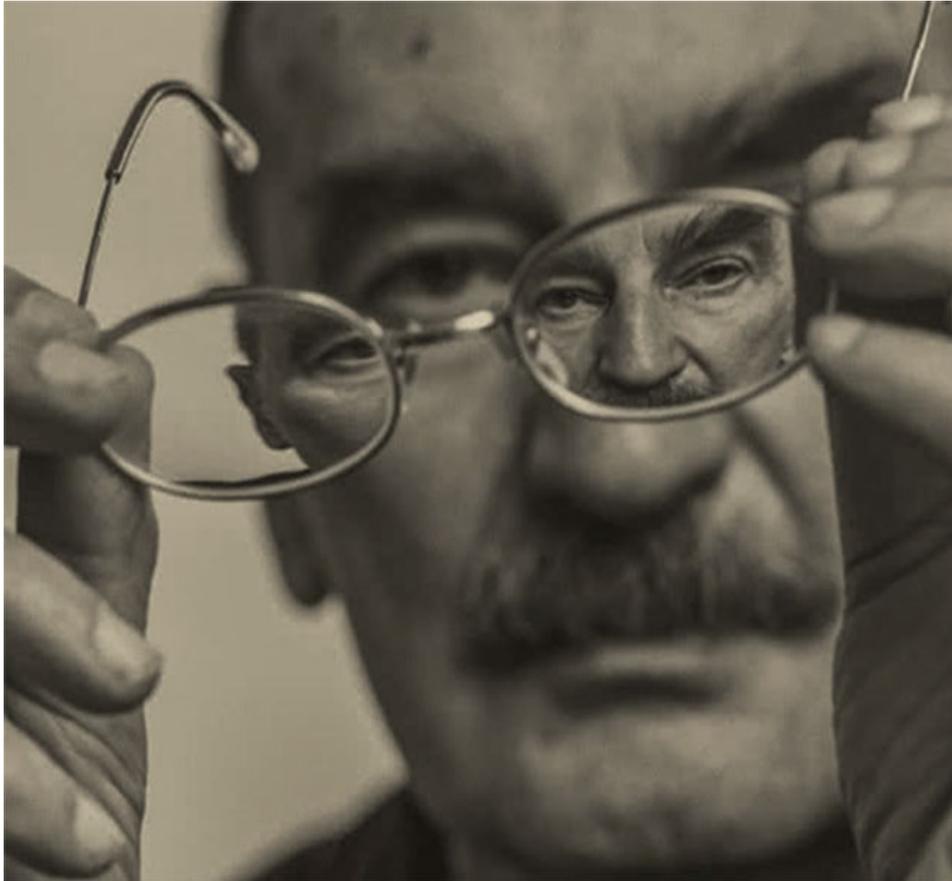
## Sławomir Mrozek. El humorista que hablaba muy en serio



*La caricatura, el panfleto, la fábula, la narración fantástica...unos gramos de sarcasmo, un toque de ironía, un vendaval de guiños absurdo y una mirada llena de humor. Instantánea que el escritor y periodista cultural José Andrés Rojo –boliviano por exilio familiar, regresado a España y nieto del mítico republicano de la Guerra Civil española General Rojo- realizó en *El País para definir al polaco Sławomir Mrozek y al que te invitamos a leer en estas páginas.**

## Notas en la prensa sobre Mrozek y su obra

Referencias de Editorial Acanalado en sus ediciones de las distintas obras de Mrozek.



¿Por qué me ha dibujado Sławomir Mrozek en lugar de Leonardo d Vinci?

«El autor, con su olfato infalible, detecta el absurdo de la vida contemporánea y lo retrata con toda la fuerza de su corrosivo humor...»

Ágata Orzeszek, *El Periódico*

«Mrozek es un humorista que habla muy en serio, un escritor satírico que se burla del mundo con la intención de mejorarlo, es un surrealista que se enfrenta a la realidad deformándola para que reparemos en su verdadera naturaleza, es un hombre de lo absurdo que señala las contradicciones para provocar a la razón».

Marcel Reich-Ranicki

«La sucesión de despropósitos en el mundo imaginario y atemporal concebido por el escritor se convierte en un hilarante catálogo de insensatez humana, no por ridículo menos certero».

Ricardo Menéndez Salmón, *Faro de Vigo*

«Mrozek no levanta aparatosos escenarios ni proyecta soluciones transgresoras sino que más bien pasea, anota y da cuenta. Su transparencia y su rapidez son el resultado de una meticulosa labor de limpieza que se queda con lo esencial».

José Andrés Rojo, *El País*

«Sławomir Mrozek parece ser una de las más perfectas reencarnaciones de Kafka imaginables».

Jordi Llovet, *El País*

«Disfrutemos de la acidez, el humor desternillante y muy incorrecto y el dinamismo de su prosa con sus ficciones surrealistas, absurdas y memorables».

Juan Bonilla, *El Mundo*

Viñeta de Mrozek



## El león

El César había dado la señal. La reja subió y un trueno cada vez más potente emergió de la mazmorra oscura. Los cristianos se agolparon en el centro de la arena. La multitud se levantó en los asientos para ver mejor. Un gruñido ronco rodó como una avalancha de piedras que se precipita por la ladera de una montaña. Bullicio lleno de excitación. Gritos de miedo. La primera leona salió del túnel y avanzó veloz sobre sus patas elásticas. El espectáculo había empezado.

Bondani Cayo, el guardián de los leones, comprobó con una larga percha que todas las fieras se hubieran sumado a la terrible fiesta. Ya respiraba con alivio cuando observó que un león se había quedado en la puerta mascando una zanahoria sin ninguna prisa por salir a la arena. Cayo soltó una maldición, porque una de sus tareas era vigilar que ninguna bestia pululara por el circo sin pegar golpe. De modo que se acercó a la distancia estipulada por las normas de seguridad e higiene laboral y pinchó al león en una nalga para azuzarlo. Para su gran sorpresa, el león no hizo más que volver la cabeza y menear la cola. Cayo lo volvió a pinchar, esta vez un poco más fuerte.

—¡Vete a la porra!—dijo el león.

Cayo se rasco la cabeza. Sin lugar a dudas, el león acababa de darle a entender que no deseaba ser objeto de ninguna agitación política. Cayo no era mala persona, pero tenía miedo de que, al constatar una negligencia en el cumplimiento de sus deberes, el capataz lo arrojara entre los condenados. Por otro lado, no tenía ganas de discutir con el león. O sea que optó por la persuasión.

—Podrías hacerlo por mí —le dijo.

—Ni hablar—contestó el león, sin dejar de roer la zanahoria.

Bondani bajó la voz.

—No te obligo a devorar a nadie. Basta con que des unas cuantas vueltas y rujas un poco para tener una coartada.

El león meneó la cola.

—Ya te he dicho que ni hablar. Alguien me verá y me recordará, y luego uno puede ir diciendo que no ha devorado a nadie; nadie lo va a creer. El guardián suspiró. A continuación, preguntó con una pizca de rencor.

—Hablando en serio, ¿por qué te niegas?

El león lo miró atentamente.

—Has dicho «coartada». ¿Nunca te has preguntado por qué ninguno de esos patricios corre por la arena devorando personalmente a los cristianos en vez de utilizarnos a nosotros, los leones?



—Pues no lo sé. Suelen ser personas mayores, tienen asma, sofocos...

—Personas mayores...—murmuró el león con indulgencia—. Se ve a la legua que no tienes ni idea de política. La verdad es que quieren tener una coartada.

—Ante quién?

—Ante el brote de los nuevos tiempos. En la historia, uno debe tomar como punto de referencia lo nuevo, lo que brota. .No se te ha ocurrido nunca que los cristianos puedan llegar al poder?

—Al poder? .Esa gente?

—!Y tanto! Hay que saber leer entre líneas. Tengo la corazonada de que, tarde o temprano, Constantino el Grande pactará con ellos. Y entonces, .qué? Recursos de revisión, rehabilitaciones. Los de los palcos lo tendrán fácil. Dirán: <<No hemos sido nosotros, han sido los leones>>.

—Claro. No se me había ocurrido.

—Lo ves? Pero ellos son lo de menos. A mí me importa mi pellejo. Si la cosa se pone fea, todo el mundo me habrá visto comer zanahorias. Aunque, dicho sea entre nosotros, las zanahorias son una bazofia.

—!Pero tus colegas se comen a los cristianos, y tan contentos!—observó Cayo con malicia.

El león hizo una mueca.

—Paletos. Miopes y oportunistas. Se conforman con lo primero que encuentran. Elementos sociales desprovistos de instinto táctico. Pobres e ignorantes víctimas del colonialismo.

—Oye—titubeo Cayo.

—!Dime!

—Si esos cristianos..., ya sabes.

—Si los cristianos .qué?

—Si llegan al poder...

—.?

—¿Podrías dar fe de que no te he obligado a nada?

—*Salus Reipublicae summa lex tibi esto*<sup>1</sup>—dijo el león sentenciosamente, y volvió a su zanahoria.□

---

1 Traducción: Deja que la seguridad del estado sea tu ley suprema

## Es sólo política

—¿Tú también, Brutus, hijo mío? —alcanzó a preguntar con una voz en la que había pena y sorpresa a partes iguales.

—¡Qué va! Es sólo política, no hay ninguna motivación personal —explicó Brutus, y le dio otra propina con el puñal—. Personalmente, no tengo nada en contra de usted, papá.

—Ah, pues disculpa, yo no quería ofenderte —dijo César, y murió. □



## Una nueva vida



Decidí comenzar una nueva vida. Categórica e inapelablemente. Solo quedaba una cuestión por decidir: ¿a partir de cuándo?

La respuesta no dejaba lugar a dudas: «a partir de mañana».

Al despertarme al día siguiente constaté que una vez más era «hoy», igual que «ayer». Puesto que había de comenzar una nueva vida a partir de mañana, no podía comenzarla hoy.

«No importa —pensé—. Mañana será también mañana». Y pasé tranquilamente el día a la antigua. No solo sin remordimientos de conciencia, sino lleno de buenos sentimientos y reconfortante esperanza.

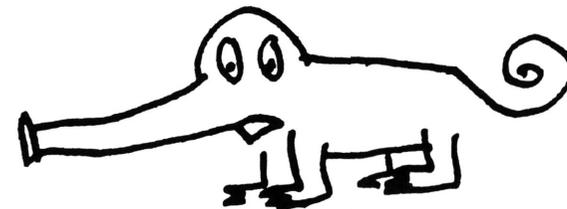
Pero, por desgracia, el día siguiente era de nuevo hoy, igual que ayer y anteayer.

«No es culpa mía —pensé— que algún demonio no pare de cambiar el mañana por el hoy. Mi decisión sea irreprochable e irrevocable. Intentémoslo una vez más, acaso el demonio se canse y mañana sea por fin mañana».

Desgraciadamente no fue así. Seguía siendo hoy y nada más que hoy. Acabé por perder la esperanza. «Todo parece indicar que nunca llegaré ese mañana —pensé—. ¿Y si comienzo la nueva vida no a partir de mañana sino a partir de hoy?».

Sin embargo, en seguida advertí lo absurdo de semejante planteamiento. Porque si hoy se repite invariablemente desde hace tanto tiempo, tiene que ser ya muy viejo, y por tanto cualquier vida hoy también tiene que ser vieja. Una nueva vida es una nueva vida y solo es posible si comienza de nuevo, o sea a partir de mañana, si es que ha de ser de veras nueva.

Y me fui a dormir con la firme decisión de que a partir de mañana comenzaría una nueva vida. Porque, a pesar de todo, siempre tiene que haber un mañana. □



Dos dibujos de Mrozek



# Tiras humorísticas de Slawomir Mrozek



## La injusticia



He leído en el periódico una noticia que me ha indignado.

Se trata de los elefantes. Amenazados por la civilización moderna, pronto se extinguirán por completo si no se les protege. Precisamente, acaban de ser aprobadas medidas en este sentido y eso es lo que me ha indignado.

Y es que ¿acaso hay que proteger a los elefantes? Siendo el elefante un animal prehistórico, hijo del mamut, ¿no es el símbolo del retroceso? ¿Acaso la misma palabra “mamut” no nos incita a una risa paternalista, cuando no desdeñosa, frente a alguien o algo que se obstina en las viejas costumbres y se resiste al cambio, o sea, al progreso, hasta que es castigado mercedamente y se convierte en un fósil? Si el elefante no está agusto en nuestra civilización, que se extinga. ¿Por qué otros animales, la chinche porejemplo, se adaptan y el elefante no? ¿Es que se considera mejor?

¿Y por qué precisamente el elefante? ¿Acaso no hay otras especies en vías de extinción? Nadie se preocupa de ellas, porque sólo se habla de los elefantes. ¿Por qué, si se puede saber, el elefante merece un trato especial y los demás no? ¿Será porque tiene un primo en el circo y un cuñado en el zoo? ¿Se lo han facilitado ellos a niveles superiores? ¿Enchufe? ¿O tal vez los judíos han metido mano en el asunto? Quién sabe si en verdad este mastodonte, no es un mastodonte... ¿Los masones?

Cada vez más indignado, estaba a punto de protestar públicamente, cuando se me ha ocurrido una idea mejor.

Voy a hacerme un par de orejas de algún material duradero, preferiblemente de nailon, me pillaré alguna trompa y me iré a África a unirme a los elefantes. Tal vez no se den cuenta de que voy disfrazado y me acepten como a uno de ellos. Y aunque se den cuenta, tal vez lo entiendan.

A ver si de esta manera sobrevivo. □

## La cautela

Mi ansiedad iba creciendo a medida que me acercaba al lugar más tenebroso del bosque. Decían que allí acechaban los bandoleros.

Estaba a punto de dejar atrás aquel tramo tan peligroso, cuando tres individuos me cortaron el paso.

—¿Ustedes son bandoleros? —les pregunté.

—¿Nosotros? ¡Qué va! Somos guardabosques.

Respiré con alivio.

—Aunque, ahora que lo dice, rondan por aquí unos tipos extraños. ¿Por qué no nos deja en depósito el dinero en efectivo que lleva? Mejor no correr ningún riesgo.

Se los entregué todo y, libre de preocupaciones, seguí mi camino. Debo admitir que nadie me molestó: ¡ni rastro de bandoleros!

Pero yo soy una persona precavida. □



## El hijito

A Isabel, reina de Inglaterra:

El abajo firmante solicita ser adoptado por vuestras mercedes.

Actualmente soy huérfano, por lo que tengo que trabajar cada dos por tres. Debo aclarar que he terminado la escolaridad —dieciséis años de escuela primaria, dos por curso— y también el servicio militar. O sea que no tendrían ustedes que ocuparse de mi instrucción y les sería muy útil, porque podría cuidar de sus otros hijos, mis queridos hermanitos y hermanitas.

Estoy sano, a excepción de los días uno y quince de cada mes y de los domingos por la mañana en que me duele la cabeza. Y me falta un diente por culpa de una bronca con un compañero, pero en general estoy fuerte, especialmente de piernas. Tengo un carácter alegre. Me gusta cantar y me sé muchos chistes, por ejemplo, el de la viuda y el deshollinador o el de aquel que estaba en cuclillas. Se los contaré con mucho gusto, pero únicamente si les apetece. Soy un muchacho obediente. Se me puede dejar en casa con la criada o incluso solo, no necesito ayuda para afeitarme y nunca me duele la tripa. Por lo que se refiere a la educación sexual, se ahorrarán el mal trago, porque ya estoy iniciado. Llegado el momento, podría añadir algún detalle sobre el tema si viniera a cuento. Soy práctico y puedo hacer buen servicio en casa: arreglar un grifo, sacarle brillo a la corona, descargar el carbón para el invierno; sé hacer de todo, y así no tendrían ustedes que llamar a gente de fuera. Barato y de confianza. Domino el inglés. Cuando en el cine echan una película en inglés, leo los subtítulos en voz alta y lo entiendo todo, especialmente si es de indios y vaqueros.

Sin más que añadir, quedo a disposición de Su Majestad para cualquier aclaración. Estoy siempre junto al chiringuito de cerveza, pero por si alguna razón no me encontrara allí, déjele el recado a mi amiga que trabaja en la esquina. Recuerdos para papá.

Un respetuoso saludo,

EL PRICIPITO □





Slawomir Mrozec. Autocaricatura

## Carta para Suecia

Distinguido señor Nobel:

Solicito humildemente que me sea concedido el premio que lleva su nombre.

Mis motivos son los siguientes:

Trabajo como contable en una oficina estatal y, en el ejercicio de mis funciones, he escrito unos cuantos libros, a saber: el *Libro de entradas y salidas*, el *Libro de balances* y el *Libro mayor*. Además, en colaboración con el almacenero, he escrito una novela fantástica titulada *Inventario*.

Creo que le gustarían porque son libros escritos con imaginación y tienen mucha gracia (son auténticas sátiras). Si deseara leerlos, podría prestárselos, aunque por poco tiempo, porque están muy solicitados. Quien tiene más interés es el inspector de Hacienda, ya puedo oír su voz en el despacho de al lado.

Hablando del inspector, preveo que tendré ciertos gastos porque me temo que los libros no van a ser de su agrado. Precisamente le escribo a usted esta carta para que el premio me permita sufragarlos. Por favor, mande el giro a mi domicilio. Dejaré una autorización a nombre de mi mujer, por si yo no estuviera ya en casa el día que venga el cartero. En tal caso, el dinero servirá para pagar al abogado o... Espere un momento, señor Nobel, acaba de entrar el inspector.

Ya se ha marchado. ¿Sabe qué le digo, señor Nobel? Mándeme mejor dos premios. No tiene usted idea de cómo se han disparado los precios. □



## Un héroe

Slawomir Mrozek *Juego de azar*. Acantilado, 2001

Un buen día, paseando por la orilla de un río vi de pronto a un boy scout que se estaba ahogando. Conozco el lugar, no es profundo, así que decidí salvarlo en cuanto se reuniera un poco más de público. Me senté en un banco a esperar. El boy scout gritaba de lo lindo, por lo que al cabo de poco se congregó en la orilla un nutrido grupo de gente. Esperé un poco más para que el público estuviera al completo, entonces me levanté, me acerqué al agua y, animado por los gritos de admiración, me puse a quitarme lentamente el zapato izquierdo. El público me aplaudió. Estaba ya en calcetines cuando me di cuenta de que un sinvergüenza también se disponía a desnudarse. Me puse furioso.

—Yo estaba aquí primero —le dije.

—¿Es tuyo el boy scout o qué? —me contestó. Y empezó a quitarse el chaleco.

—¡Tiene razón! —se dejaron oír unas voces entre el público—. ¡El boy scout es de todos!

—Deja esos pantalones —le dije—. Tu aún no estabas en este mundo cuando yo ya salvaba boy scouts.

—Habrás salvado a tu abuela —me contestó en un tono insultante.

—Y tú a tu tía. Vete a hacer puñetas y deja en paz al boy scout.

El público iba en aumento. Unos estaban de mi parte, otros decían que todo el mundo tiene derecho a salvar boy scouts. Vi que las cosas se complicaban y que todo dependía de quién se desnudase primero. Aunque él había comenzado más tarde, como llevaba cremallera, me alcanzó. Le gané sólo al llegar a los calzoncillos. Al ver que perdía su oportunidad, quiso saltar al agua tal como estaba, en ropa interior. Se me encendió la sangre y le puse la zancadilla. ¡Por hacerse el héroe!

No sé qué pasó con el boy scout porque a nosotros nos llevaron a urgencias. Yo le disloqué un brazo y él me rompió algunos dientes.

Salvar a los que se ahogan requiere valor y sacrificio.□



## El elefante

El director del Jardín Zoológico ha demostrado ser un advenedizo. Consideraba a sus animales simplemente como peldaños en la escalera de su propia carrera. Era indiferente a la importancia educativa de su establecimiento. En su Zoo la jirafa tenía un cuello corto, el tejón no tenía madriguera y los silbadores, habiendo perdido todo interés, silbaban rara vez y con cierta reluctancia. Estos fallos no deberían haber sido permitidos, especialmente dado que el Zoo era visitado a menudo por grupos de escolares.

El Zoo estaba situado en una ciudad provinciana, y le faltaban algunos de los animales más importantes, entre ellos el elefante. Tres mil conejos eran un pobre sustituto para el noble gigante. Sin embargo, a medida que nuestro país se desarrollaba, iban siendo colmados los huecos en forma bien planificada. Con ocasión del aniversario de la liberación, el 22 de julio, se le notificó al Zoo que finalmente se le había asignado un elefante. Todo el personal, devoto de su trabajo, se alegró ante esta noticia, y por consiguiente fue muy grande la sorpresa cuando se enteraron de que el director había enviado una carta a Varsovia, renunciando a la asignación y presentando un plan para obtener un elefante por medios más económicos.

«Yo, y todo el personal», había escrito, «nos damos cuenta de la pesada carga que cae sobre los hombros de los mineros y los obreros metalúrgicos polacos a causa del elefante. Deseosos de reducir costos, sugiero que el elefante mencionado en su comunicado sea reemplazado por uno realizado por nosotros mismos. Podemos construir un elefante de goma, del tamaño correcto, llenarlo de aire y colocarlo tras una cerca. Será cuidadosamente pintado con el color correcto y hasta de cerca resultará indistinguible del verdadero animal. Es bien conocido que el elefante es un animal lento y pesado, y que ni corre ni salta. En el cartel de la cerca podemos indicar que este elefante en particular es especialmente lento y pesado. El dinero ahorrado de esta manera podrá ser dedicado a comprar un avión a reacción o a conservar algún monumento religioso.

»Le ruego humildemente que tenga en cuenta que tanto la idea como su ejecución son mi modesta contribución a la tarea y lucha comunes.

«Quedo, etc.»

Este comunicado debió llegar a algún burócrata sin alma, que contemplaba sus tareas en una forma puramente mecánica, y que no examinó las trascendencia del asunto sino que, siguiendo únicamente las directrices acerca de la reducción de gastos, aceptó el plan del director.

Al tener noticia de la aprobación del Ministerio, el director dio órdenes para que se confeccionara el elefante de goma.

Este iba a ser hinchado de aire por dos empleados que soplarían por extremos opuestos. Para mantener la operación en secreto, el trabajo se realizaría

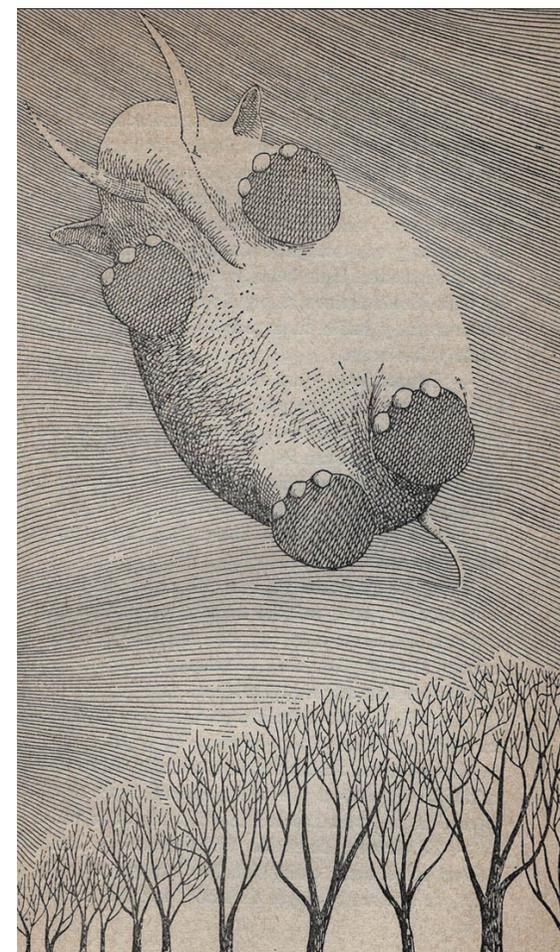


Ilustración en el libro de Mrozek *El Elefante*, 1969  
Diseño Daniel Mroz



durante la noche, pues los habitantes de la ciudad, habiendo oído que iba a llegar un elefante al Zoo, estaban ansiosos por verlo. El director insistió en dar prisas, además, porque esperaba un premio, si su idea resultaba ser un éxito.

Los dos empleados se encerraron en un cobertizo que habitualmente albergaba un taller, y comenzaron a soplar. Tras dos horas de duros esfuerzos, descubrieron que la piel de goma apenas se había alzado unos centímetros sobre el suelo y que la masa no se parecía en lo más mínimo a un elefante.

Transcurría la noche. En el exterior, las voces humanas se habían acallado y solo los gritos de los chacales cortaban el silencio. Exhaustos, los empleados dejaron de soplar y **21** se aseguraron de que el aire que ya estaba en el interior del elefante no se escapase. Ya no eran jóvenes y no estaban acostumbrados a este tipo de trabajo.

—Si seguimos a este ritmo —dijo uno de ellos—, no acabaremos antes de la mañana y, ¿qué es lo que le voy a decir a mi señora? Nunca me creerá si le digo que he pasado la noche hinchando un elefante.

—Tienes razón —admitió el segundo empleado—. El hinchar un elefante no es un trabajo que se dé todos los días. Y todo porque nuestro director es un izquierdista. Siguieron soplando, pero después de otra media hora se sintieron demasiado cansados como para continuar. El bulto en el suelo era mayor, pero aún seguía sin tener la forma de un elefante.

—Cada vez resulta más difícil —dijo el primer empleado.

—Sí, es un trabajo cuesta arriba —convino el segundo—. Descansemos un poco.

Mientras estaban descansando, uno de ellos se fijó en una tubería de gas rematada por una espita. ¿No podrían llenar el elefante con gas? Se lo sugirió a su compañero.

Decidieron intentarlo. Enchufaron el elefante a la cañería de gas, abrieron la espita y, para su alegría, vieron como a los pocos minutos se alzaba un animal de buen tamaño en el cobertizo. Parecía real: el enorme cuerpo, patas como columnas, grandes orejas y la inevitable trompa. Movido por su ambición, el director se había asegurado el tener en su Zoo un elefante verdaderamente grande.

—De primera clase —declaró el empleado que había tenido la idea de usar el gas—. Ahora ya podemos irnos a casa.

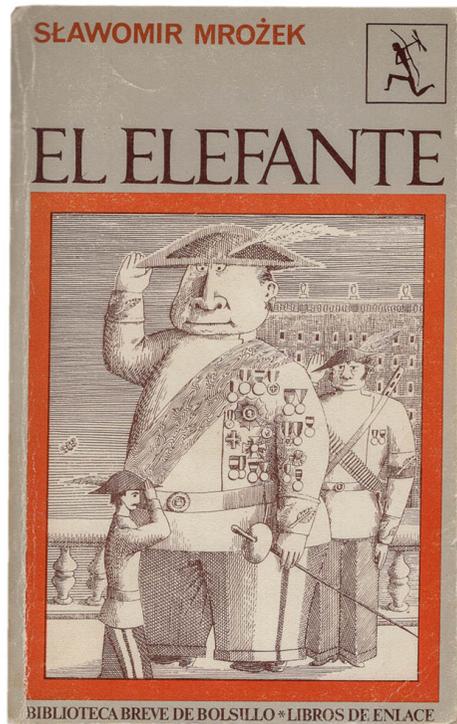
Por la mañana, el elefante fue trasladado a un lugar especial, muy céntrico, junto a la jaula de los monos. Colocado frente a una gran roca verdadera, parecía imponente y magnífico. Un gran cartel proclamaba: «Particularmente lento y pesado. Apenas si se mueve.»

Entre los primeros visitantes de aquella mañana se hallaba un grupo de niños de la escuela local. El maestro que los tenía a su cargo planeaba darles una lección acerca del elefante. Detuvo al grupo frente al animal y comenzó:

—El elefante es un mamífero herbívoro. Por medio de su trompa arranca arbolillos y se come sus hojas.

Los niños estaban contemplando al elefante con embelesada admiración. Esperaban que arrancase un arbolillo, pero la bestia permanecía quieta tras la cerca.





—...el elefante es un descendiente directo del ya extinto mamut. Por consiguiente, no es sorprendente que sea el más grandes de los animales terrestres hoy vivos.

Los alumnos más conscientes estaban tomando notas.

—...solo la ballena es más pesada que el elefante, pero la ballena vive en el mar. Podemos decir, con toda seguridad, que en tierra firme el elefante reina supremo.

Una suave brisa movió las ramas de los árboles del Zoo.

—...el peso de un elefante adulto es de tres y media a cinco toneladas.

En aquel momento, el elefante se estremeció y se alzó en el aire. Por unos segundos flotó a poca altura sobre el suelo, pero una ráfaga de viento lo arrastró hacia arriba hasta que su gigantesca silueta quedó recortada contra el cielo.

Durante un corto espacio de tiempo, la gente pudo ver desde abajo los cuatro círculos de sus patas, su abultada tripa y la trompa, pero pronto, impulsado por el viento, el elefante voló sobre la cerca y desapareció por encima de las copas de los árboles.

Los asombrados monos se quedaron mirando al cielo desde el interior de su jaula.

Hallaron al elefante en el cercano jardín botánico. Había aterrizado sobre un cactus y había pinchado su piel de goma.

Los escolares que habían contemplado la escena en el Zoo pronto comenzaron a descuidar sus estudios y se convirtieron en gamberros. Se dice que beben licores y rompen ventanas. Y ya no creen en los elefantes. □

